

I. COMENTARIOS

Los treinta años de la Revista Musical Chilena

por Domingo Santa Cruz

Que una revista, cualquiera sea su naturaleza, alcance las tres décadas de vida, constituye hecho memorable. Más aún si se trata de música y muchísimo si ésta se halla en nuestro idioma. La lengua de Cervantes no ha servido en los últimos tiempos del mismo modo a la estética, la creación y la musicología como el alemán, el inglés o el francés. No es ahora momento de señalar causas, pero el hecho es innegable ante cualquier catálogo de libros acerca de música y ha pesado desfavorablemente en la ya menguada consideración con que los europeos y norteamericanos se acercan a nuestro arte sonoro.

Treinta años significan, además, algo solemne: señala el paso de una generación a otra; marca el plazo que en mis estudios de Derecho conocí como el de la "longissimi temporis praescriptio" (la prescripción de más largo tiempo), como lo denominaron los romanos, período extenso, suficiente para estimar definitiva cualquier cosa, absolver de cualquier vicio jurídico. Hablamos ya, pues, de algo que merece calificarse como venerable. Lo que en la Revista se ha escrito, las opiniones vertidas, no son para controvertirlas hoy; significan el paso de tanto tiempo, reflejan la evolución de nuestro arte, las mutaciones de conceptos, todo lo que en seis lustros ha acontecido al quehacer musical en este país chileno y en el resto del mundo.

Hace exactamente quince años, cuando conmemoramos ese tramo de la Revista (Nº 71, de 1960), como contribución personal publiqué un estudio que se tituló "Antepasados de la Revista Musical Chilena". No entré al análisis de su contenido, sino que puse solamente de relieve cómo ella constituía la cuarta o quinta etapa de un proceso anunciado en abril de 1924, al inaugurarse la acción pública de la Sociedad Bach, cuya primera realización fue aquella magnífica y bella revista "Marsyas", fundada tres años más tarde, seguida luego, en una especie de flujo y reflujo, entre las artes en general y la música, por la primera "Revista de Arte", de 1928, "Aulos", de 1932-1934, y la más lujosa y bella que hayamos tenido, la segunda "Revista de Arte", de 1934-1940. Señalé también algunas iniciativas colaterales y paralelas, que fueron como brotes de algo incontrolable¹.

¹ En 1932 la Sociedad de Amigos del Arte editó la revista "Más", de carácter general. Entre 1937 y 1939 se publicó "Cultura Musical", editada por la Casa Wagner, publicación de divulgación popular de la música, con excelentes crónicas de Jorge Urrutia Blondel. El semanario "Pro Arte", publicación de alto nivel cultural que creó y dirigió Enrique Bello, existió entre 1948 y 1956. Los Centros de Alumnos del Conservatorio Nacional de Música, trataron de tener una publicación en múltiples ocasiones: crearon, en 1929, la "Revista Musical", muy semejante a "Marsyas" y con la visible dirección de Carlos Huneres. Entre 1943 y 1945 se editó "Pauta" y, finalmente, "Psalterium", en 1947.

Llegado el año básico de la fundación del Instituto de Extensión Musical, cuya Ley es de 2 de octubre de 1940, estábamos ya en el más largo período de silencio hasta que la actual Revista pudo ser creada en marzo de 1945, en virtud de un acuerdo de la Junta Directiva de dicho organismo. La publicación no pudo concretarse, sin embargo, hasta el mes de mayo y recibió de inmediato amplio respaldo y felicitación de parte del organismo que había resuelto mantenerla.

No fue, como podría creerse, fácil ni rápido convencer a los integrantes de la mencionada Junta, que dentro de los fines del Instituto cabía un órgano de publicidad. Sólo pudo hablarse de ello una vez incorporado éste a la Universidad de Chile, alejada ya la pesadilla que constituyó su primera etapa independiente, cuando estuvo a la merced de ávidos e inescrupulosos personajes del Presidente Aguirre Cerda y su "Frente Popular". Luego hubo dos años (1943-44), en que problemas presupuestarios de conciertos primaron sobre todo. Felizmente pronto pudo hacerse patente la urgencia de una publicación y en ello contó positivamente el hecho que teníamos entre nosotros dos personas, curiosamente coincidentes en el apellido, Vicente Salas Viu y Filomena Salas González, él, como se sabe, escritor y músico llegado de España luego de la Guerra Civil y ella (con la sangre de nuestro patriarca Don Manuel de Salas), motora de varias de las anteriores revistas, sobre todo de la segunda "Revista de Arte", en cuyo último destello, el "Boletín" de 1939-1940, también trabajaron juntos. Contábamos también con la colaboración de quienes ya eran contribuyentes de nuestras publicaciones precedentes, en primer término, Carlos Humeros Solar, verdadero cerebro de muchas de ellas, y, junto a él, oitando los más prolíficos, Jorge Urrutia Blondel, Carlos Isamitt, Eugenio Pereira Salas, Pedro Humberto Allende, Eduardo Lira Espejo, Alfonso Letelier, Daniel Quiroga, René Amengual, Juan Orrego-Salas y tantos otros.

Otro escollo que debimos sortear fue el de la Facultad de Bellas Artes, existente en 1945, de la cual dependían directa o indirectamente todas las iniciativas artísticas. La corporación deploraba el desaparecimiento de la "Revista de Arte", cuyo último número, el 23, se había esfumado de modo misterioso a media impresión. La opinión dominante era revivirla. Pero el costo de tal empresa, que requería papeles y clisés de alto precio, resultó por encima de todo lo posible. Los músicos, tuvimos que optar entonces entre continuar silenciados o separar tienda y editar una revista propia con los fondos que la vida musical misma poseía legalmente. Así se acordó, y el hecho señala uno de los primeros actos tangibles que aceleraron el divorcio universitario entre las artes, en dos Facultades separadas, y el final de la de Bellas Artes.

Muchas cosas se pueden decir en este aniversario de la Revista: delinear su vida, relatar las vicisitudes por que ha pasado, señalar quiénes la han dirigido y hecho realidad; también, examinar el contenido del material publicado y, finalmente, cómo, a través de tan largo tiempo, uno puede ver reflejados los acontecimientos musicales del mundo y sobre todo los de Chile e Hispanoamérica.

Partió la "Revista Musical Chilena" en 1945 con un Editorial mío, sin firma, que resume cabalmente el por qué de su existencia y las finalidades que que perseguía. Nos hallábamos en el año final de la II Guerra Mundial, América entera se había visto aislada de sus fuentes europeas tradicionales, lo que junto con acarrear un acercamiento interno, nos traía el placer como de descubrirnos y, en música, daba derecho a pensar que quienes acá trabajaban en el arte no pueden ni tienen por qué seguir "en la oscura figuración de epígonos que se citan por condescendencia en las anotaciones marginales de la historia cultural de Occidente". Declaración un tanto idealista y desafiante que revela cuanta fe poseíamos en nuestro común destino y en la labor que Chile emprendía, basándose en la solidez de instituciones realmente únicas en su género. Se ponían éstas al servicio de los estudiosos en general, de los compositores y ante todo perseguíamos unir al mundo latinoamericano. Después de una crisis, la más grave, ya que interrumpió dos veces la aparición de la Revista, mi sucesor, Decano, ya no de Bellas Artes sino de "Ciencias y Artes Musicales", el compositor y profesor Alfonso Letelier Llona, formuló análogas declaraciones, naturalmente más realistas pero no menos firmes, en el N° 52 de abril-mayo de 1957. Habían pasado doce años y muchas cosas en ellos, pero nuestra labor siguió adelante. Los directores, diez en total² desde Vicente Salas Viu hasta el actual Dr. Luis Merino, (musicólogo doctorado en la Universidad de California), han sentido por igual su tarea, abriendo las páginas de la Revista sin banderías a colaboradores eminentes de todos los países, además de dejar constancia de nuestro suceder musical en forma valiosísima. Pero junto a los directores hubo por fortuna manos femeninas ejecutivas, que supieron hacer realidad lo anhelado. Filomena Salas, junto a Vicente, pronto nacionalizado chileno, constituyeron un binomio inmejorable; más adelante, a partir de la ya referida crisis del N° 51, es Magdalena Vicuña quien hasta hoy ha sabido en forma excelente colaborar, dirigir, gestionar recursos, relacionarse con el extranjero, en una palabra sortear mil dificultades, sobre todo en el oscuro período 1968-

² Vicente Salas Viu (1945-1949); Juan Orrego-Salas (1949-1952); Leopoldo Castedo (1953-1954); Pedro Morthieur (1954-1955); Alfonso Letelier (1957-1962); Domingo Santa Cruz (1962-1964); Samuel Claro (1964-1968); Magdalena Vicuña (1969-1970); Cirilo Vila (1971-1972); Luis Merino (1973-).

1973, en que todo pareció naufragar en un caos de inimaginable subordinación a lo político.

Sobre el contenido de la "Revista Musical Chilena" en total, me es hoy día tan difícil hablar como lo fue en 1960. He estado demasiado involucrado en sus trabajos durante largo tiempo; sólo me cabe constatar las mareas que sucesivamente afloran a través de sus páginas. La generosa preocupación por la Educación Musical, que conduce un tanto a lo provinciano y casi lugareño; el entusiasmo que por desdicha no se mantuvo por nuestros creadores, exteriorizado sobre todo en los valiosos volúmenes dedicados a los Premios Nacionales³; la preocupación vanguardista y experimentalista; los estudios del pasado colonial y, finalmente, la devoción a mi juicio exagerada por la etnomusicología, sobre todo por el folklore, que ha llevado a menudo a hacer pensar que aparte de sus asuntos no hay nada más en nuestro arte. Todas estas que he denominado mareas, pueden verse en la trayectoria de 30 años, pasan, se compensan pronto y luego salimos de alguna caleta cerrada para navegar en el ancho mundo de la música.

Dentro del cumplimiento de sus fines, la "Revista Musical Chilena" ha tenido un papel importantísimo dándonos a conocer interna y externamente. Lo segundo lo hemos constatado cuantos hemos viajado fuera del país en las últimas décadas. La Revista estaba en todas partes, en todas las Bibliotecas. Si nuestras obras, bastardas e innecesarias para turismo musicológico; sobre todo, europeo, no han merecido la atención que esperábamos y de que son dignas (¡20 años de Festivales de Música Chilena pasaron sin siquiera una mención de los cronistas musicales de Europa o Norte-América!), lo escrito sí que se ha leído y más de un gran músico nos preguntó acerca de tal o cual obra que, a falta de ediciones y de discos, debimos describir verbalmente prometiendo enviar ambas cosas, pero su ejecución rara vez llegó a ser realidad para los compositores serios de este país.

El conocimiento interno en cambio es de otra naturaleza y queda, y es de un valor extraordinario. Nunca había recorrido totalmente los números de la "Revista Musical Chilena"; al hacerlo ahora, he quedado sorprendido. ¡Cuántas cosas interesantes hay que uno olvida y revive leyéndolas! ¡Cómo sus páginas van dejando constancia, pese a algunas interrupciones, del su-

³ Pedro Humberto Allende, N° 5, 1945; Enrique Soro, N° 30, 1948; Domingo Santa Cruz, N° 42, 1951; Próspero Bisquertt, N° 47, 1954; Alfonso Leng, N° 54, 1957; Acario Cota-pos, N° 76, 1961; Carlos Isamitt, N° 97, 1966; Alfonso Letelier, N° 109, 1969; Gustavo Becerra, N° 119-120, 1972.

ceder de nuestra Historia Musical en estas décadas en que ya dejamos de ser insignificantes aprendices! Más aún, si se sabe leer entre líneas: un dato, un estreno, la llegada de alguien, la desaparición de otro, todo forma una cadena que ahorra mucho urgueteo de archivos.

La "Revista Musical Chilena queda abierta —dije en 1945— a toda expresión sana y bien intencionada de las ideas; si ella perdura y presta los servicios que esperamos, habremos reparado una omisión que en la vida musical chilena no tenía ya explicación ni justificativo". La Revista perduró e hizo lo que debía, en esto reside la esencia de esta conmemoración.